



Comentario bibliográfico

Laudani, Raffaele (ed.): *Secret Reports on Nazi Germany. The Frankfurt School contribution to the War Effort*, Princeton, Princeton University Press, 2013.

Boris Matías Grinchpun

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” -
Universidad de Buenos Aires
matiasgrinchpun@gmail.com*

Fecha de recepción: 19/11/2015

Fecha de aprobación: 25/11/2015

A finales de 1942 un resignado Herbert Marcuse enviaba a Max Horkheimer, director del Instituto de Investigación Social, un pedido que escondía una queja. La precaria situación del *Institut*, exiliado desde hacía casi una década y particularmente golpeado por los efectos de la guerra, había hecho que Horkheimer incentivara a sus colaboradores a buscar empleo en las universidades estadounidenses o a insertarse en organismos estatales. Si bien el autor de *Razón y Revolución* reconocía que “toda la argumentación ‘racional’ habla en favor de que yo acepte el puesto en Washington”, reafirmaba su deseo de continuar con el “trabajo teórico”, ya que no conocía otro espacio donde los “esfuerzos intelectuales estén más

cerca de la verdad”, ni “donde a uno todavía se le permita y se le anime a pensar”¹. No obstante, lo “racional” se impuso: Marcuse abandonó California y se convirtió en analista *senior* de la Rama de Investigación y Análisis (R&A, por sus siglas en inglés), parte de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS). Contra sus deseos, la “interrupción relativamente breve” en la reflexión teórica se prolongaría aún después de terminado el conflicto.

Trabajar para el gobierno de Estados Unidos no era visto como una claudicación para estos intelectuales, cuya Teoría Crítica se adentraba en los aspectos más alienantes del capitalismo. A contracorriente de las acusaciones lanzadas décadas después por Daniel Cohn-Bendit, los miembros del *Institut* no creían ser secuaces del imperialismo, sino más bien engranajes dentro de una compleja maquinaria que destruiría a un régimen que detestaban (p. 1)². Por encima de las diferencias personales y de los desacuerdos teóricos, había surgido un sólido consenso contra el nacionalsocialismo. Como recordaba la secretaria personal de Horkheimer, Alice Maier, “todos sentíamos que teníamos una misión”: “debíamos derrotar a Hitler y el fascismo”³. Esta lucha se volvería un denominador común en la actividad de la Escuela durante este período, un hilo conductor entre rumbos divergentes: mientras Horkheimer y Adorno permanecían en el Oeste, trabajando entre otros proyectos en la *Dialéctica de la Ilustración*, Marcuse se dirigió con otros colaboradores del *Institut* a Washington. Entre ellos se contaban Franz Neumann, de fama ascendente tras la publicación en 1942 de *Behemoth*,⁴ y Otto Kirchheimer, un viejo alumno de Carl Schmitt reclutado por su amplio conocimiento del sistema legal nazi.⁵ La separación de estas figuras también respondió a la penuria económica, aunque se habría sumado una distante relación con Horkheimer: éste se mostraba disconforme por el marxismo de Neumann, más determinista y mecanicista, así como

1 Citado en Wiggershaus, Rolf: *La Escuela de Fráncfort*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica - Universidad Autónoma Metropolitana, 2011, p. 379.

2 En 1968 Cohn-Bendit interrumpió una conferencia de Marcuse con preguntas sobre sus antecedentes en la CIA durante la Segunda Guerra Mundial. La acusación era errónea, ya que tras el cierre de la Oficina de Servicios Estratégicos en septiembre de 1945 Marcuse pasó a trabajar para el Departamento de Estado hasta 1951. Nunca formó parte de la CIA, creada dos años después del final del conflicto.

3 Jay, Martin: *La Imaginación Dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1986, p. 237.

4 Neumann, Franz: *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism, 1933-144*, Chicago, Ivan Dee, 2009.

5 Sobre las trayectorias de Neumann y Kirchheimer, ver Jay, *La Imaginación Dialéctica*, pp. 237-247; Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, pp. 281-296, y Scheuerman, William: “Introduction”, en Scheuerman, William (ed.): *The Rule of Law Under Siege. Selected Essays of Franz L. Neumann and Otto Kirchheimer*, Berkeley, CA, University of California Press, 1996, pp. 1-16.

por su falta de interés por el psicoanálisis. En cuanto a Kirchheimer, sus ensayos de corte legalista no llamaron la atención del director. Estancados en una situación más precaria que la de Marcuse, la partida sería para ambos el principio de una notable carrera en el sistema académico y legal de Estados Unidos.

Raffaele Laudani ha explorado los reportes realizados por estas figuras y, tras una cuidadosa selección, los ha publicado en *Secret Reports on Nazi Germany*. A pesar de haber sido desclasificados entre 1975 y 1976, muchos de estos documentos permanecieron inéditos y sin un autor conocido. Por este motivo, Laudani unió a la tarea de edición una considerable investigación documental que cruzó memorándums internos, cartas y memorias para encontrar al responsable, singular o colectivo, de los artículos. El resultado es notable: son 31 trabajos escritos entre 1943 y 1949, los cuales tocan tópicos tan diversos como la historia de la inflación en Alemania, los lineamientos generales para el enjuiciamiento de los criminales de guerra nazis o los potenciales desarrollos del comunismo en el mundo de la posguerra. Como advierte Raymond Geuss en el prefacio, lo interesante no reside en las respuestas: sus análisis ya fueron largamente superados por la investigación posterior, sus sugerencias mayormente ignoradas y sus pronósticos, burlados por los acontecimientos. Lo atractivo estaría en los problemas que construyen: estos autores se preguntaban cómo, en medio de un conflicto crecientemente ruinoso, el nazismo lograba sobrevivir, o bien combinaban aspiraciones y proyecciones para imaginar el futuro de su país en una nueva Europa. Futuro cuya clave parecía estar en un presente que aborrecían, pero también en un pasado traumático, marcado por el expansionismo, el militarismo y el autoritarismo. Estas cuestiones son abordadas en documentos con un formato claramente establecido, con secciones, sub-secciones y una profusión de minuciosos listados. El estilo, por su parte, es frío y despojado al punto de resultar, como el propio Laudani reconoce, tedioso. No obstante, el editor decidió respetarlo, al igual que con el “inglés quebrado” de estos científicos sociales, germanoparlantes afectados por los formalismos militaristas de la OSS (pp. XVIII-XIX).

El formalismo respondería a la asepsia política de los textos, evidente cuando se los compara con otros trabajos, más “comprometidos”, de los mismos autores. Si bien la “objetividad científica” era una exigencia de la R&A, tampoco era la primera vez que los frankfurtianos adoptaban

una posición políticamente neutral para evitar fricciones⁶. Por otra parte, el *brain trust* se basaba en una marcada tolerancia ideológica por parte de las autoridades estadounidenses, que en su movilización del mundo académico prestaron más atención al talento de los especialistas que recludaban que a sus afinidades ideológicas. Una rápida revisión muestra especialistas de campos diferentes con ideologías muchas veces encontradas: Neumann y Kirchheimer se encontraron con otros marxistas, como los economistas Paul Sweezy y Paul Baran, pero también con el futuro autor del “manifiesto no comunista”, Walt W. Rostow, el historiador liberal Arthur Schlesinger Jr. o el sociólogo Talcott Parsons⁷. Sin embargo, la tregua no habría borrado completamente las huellas de la Teoría Crítica: así, Marcuse explicaba la obediencia de la población alemana, ya sin esperanza de victoria, a partir de una comparación del Tercer Reich con el fordismo (p. 101)⁸. En analogías de este tipo podrían verse antecedentes de los análisis de *El Hombre Unidimensional*, aunque también huellas de una permisividad suprimida en el rígido clima de la Guerra Fría (pp. 6-7).

Como se adelantó, el nazismo no era una preocupación nueva para los miembros del *Institut*. En 1936, Marcuse, Horkheimer y Erich Fromm se habían aproximado desde una perspectiva psicosocial al fenómeno en los *Estudios sobre Autoridad y Familia* (1936). Allí se situaban las raíces del avance nacionalsocialista y de su ascendiente sobre las masas en el surgimiento de la “personalidad autoritaria”, ella misma producto de la crisis de la familia burguesa en el seno del capitalismo monopolista. El líder fascista reproduciría con sus seguidores el vínculo de éstos con el padre autoritario: el caudillo se convertía así en una figura violenta con la cual las masas se identificaban, al tiempo que la temían⁹. Adorno seguiría de cerca esta explicación¹⁰, mientras Fromm pro-

6 Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, p. 265. Cuando residía en Londres en 1935, Horkheimer le recomendó a Adorno “no decir ni una palabra que pudiera ser interpretada de manera política”.

7 Sobre los miembros de la Rama de Investigación y Análisis, ver Jay, *La Imaginación Dialéctica*, p. 277 y Laudani, “Introduction”, p. 2.

8 “El último ejemplo nos lleva a un enunciado general sobre la moral en una sociedad totalitaria. La esencia de la moderna organización fabril consiste en diseñar un patrón de control que pueda prevenir una caída en la productividad aún si el trabajador aborrece la labor que está realizando. El sistema de la cadena de montaje introduce una fuerza externa al proceso de producción. La velocidad del trabajo ya no está determinada por la moral del obrero sino por un mecanismo técnico”. Las traducciones del inglés son nuestras.

9 Horkheimer, Max: *Autoridad y Familia y otros Escritos*, Barcelona, Paidós, 2001. Ver también Jay, *La Imaginación Dialéctica*, p. 237.

10 Adorno, Theodor: *Ensayos sobre la Propaganda Fascista. Psicoanálisis del antisemitismo*, Buenos Aires, Paradiso, 2005. Un análisis clásico de las posturas de Adorno puede encontrarse en Buck-Morss, Susan: *El Origen de la Dialéctica*

fundizaría en los aspectos sádicos y masoquistas del nazismo en *El Miedo a la Libertad* (1941)¹¹. A esta perspectiva psicosocial Horkheimer agregaría posteriormente una mirada profundamente pesimista sobre la tecnología: el dominio del Führer-padre se volvía más ubicuo e insidioso gracias a la “racionalidad técnica”, una expansión de la lógica de medios y fines que culminaba en la negación de la misma razón. La fetichización, la alienación y la instrumentalización no serían exclusivas de la Alemania de Hitler, sino que eran una característica de las sociedades contemporáneas, hallables tanto en la Rusia de Stalin como los EE.UU. de Roosevelt¹².

También Friedrich Pollock veía al nazismo como parte de un fenómeno más general, al cual denominaba “capitalismo de Estado”. Ya a principios de los años 30, inspirado por los planes quinquenales soviéticos, Pollock había planteado que la intervención política podía impulsar a las economías golpeadas por la Gran Depresión. Avanzada la década, señalaría que experimentos como el New Deal o el Plan Cuatrienal eran expresiones de una nueva fase del capitalismo: así como la etapa “liberal” había cedido su lugar a otra “monopolista”, el siglo XX marcaba el advenimiento del “capitalismo de Estado”. En su seno, una burocracia haría uso de la “racionalidad táctica” y el aparato estatal para mitigar las principales contradicciones del sistema. Los gerentes podían fallar, los desajustes podrían resurgir, pero la estabilidad del sistema (al menos en la teoría) dificultaba ser optimista frente a la posibilidad de un cambio. Durante el conflicto, Pollock llegaría a afirmar que Alemania era en verdad un “Nuevo Orden”, el cual había suprimido virtualmente la propiedad privada y desintegrado a la estructura familiar tradicional. En otras palabras, podría llegar a constituir una “tercera forma” socioeconómica, diferenciada tanto del capitalismo liberal como del socialismo soviético¹³.

Estas tesis no escaparon a la controversia. El propio Horkheimer, a pesar de sus expresiones de apoyo y de editar un dossier en torno del concepto, se atuvo a categorías como “Estado autoritario” o a la más general “sociedad administrada”. Más abierto sería el disenso de Neumann, quien

Negativa. Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011, pp. 365-384.

11 Fromm, Erich: *El Miedo a la Libertad*, Barcelona, Paidós, 2008.

12 Sobre las perspectivas de Horkheimer sobre el nazismo, ver Jay, *La Imaginación Dialéctica*, pp. 257-261 y Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, pp. 352-355 y 365.

13 Jay, *La Imaginación Dialéctica*, pp. 251-257 y Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, pp. 353-355.

criticó incisivamente a Pollock en *Behemoth*. La voluminosa obra sostenía, a partir de las declaraciones de los jerarcas y de los planes nazis, que el régimen no era un capitalismo de Estado. Por el contrario, se trataba de una economía monopolista cuyas contradicciones se habían visto exacerbadas por el acelerado proceso de concentración y centralización ocurrido en la República de Weimar. Esto habría resultado en una creciente vulnerabilidad del capitalismo alemán frente a sus propias crisis, debilidad frente a la cual la democracia parlamentaria se habría mostrado impotente. El nacionalsocialismo surgía así como una alternativa autoritaria que actuaba desde un Estado fortalecido para afrontar esas contradicciones, consolidar la posición de los grandes consorcios y asegurarles grandes beneficios. Se trataba, en palabras de Neumann, de un “capitalismo monopolista totalitario”.

El desacuerdo no era total: coincidía con Pollock en que el régimen estaba dirigido por un “cártel” de poder, en el cual los industriales, los nazis (a los que también caracterizaba como “gánsteres organizados”), los militares y la burocracia se unían bajo un “compromiso fascista”. Éste, construido en torno del orden político, la defensa de la propiedad privada y el expansionismo militar, mantendría a las clases dominantes unidas, pero no lograría resolver los desequilibrios económicos ni conjurar las crisis. En su lugar, las contradicciones operarían a un nivel “superior” y más violento. En este sentido podía entenderse la afirmación de Neumann de que el Tercer Reich, lejos de su retórica estatocéntrica y estatolátrica, era en realidad el “No-Estado”, una entidad que generaría caos en lugar de orden. *Behemoth* disfrazado *Leviatán*¹⁴.

A pesar de las felicitaciones de Horkheimer, la recepción no fue cálida. Dejando de lado la polémica con Pollock, que había molestado particularmente al director, la obra presentaba grandes diferencias con la Teoría Crítica. Si bien concordaba en mostrar al nazismo como un fenómeno destructivo, aborrecible e “irracional”, Neumann hacía caso omiso de la psicología: la anuencia de las masas no se explicaría por la “personalidad autoritaria”, sino por el pleno empleo y la seguridad social ampliada. Ausentes estaban también las consideraciones culturales, como las relaciones

14 La referencia es aquí, claramente, la obra de Thomas Hobbes, *Behemoth o el Parlamento Largo*, publicada póstumamente en 1681. Sobre la asociación de las bestias bíblicas con el Orden y la Anarquía en este autor, ver Rodilla, Miguel Ángel: “Estudio preliminar”, en Hobbes, Thomas: *Behemoth*, Madrid, Tecnos, 1992, pp. IX-XIII. Sobre el estudio de Neumann, ver Buck-Morss, *Origen de la Dialéctica Negativa*, p. 426; Jay, *La Imaginación Dialéctica*, pp. 266-273; Scheuerman, “Introduction”, pp. 11-13 y Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, pp. 358-365.

halladas por Walter Benjamin entre la reproductibilidad técnica y el auge de los fascismos¹⁵. Como la propia organización del *Behemoth* mostraba, el análisis de Neumann se agotaba en la consideración de la política, la economía y la sociedad. Pero a pesar de ser cuestionada en el *Institut*, esta visión lograría establecerse en la R&A: los frankfurtianos marcaron una línea interpretativa dentro del organismo, el cual presentó un punto de vista coherente y cohesivo sobre los fenómenos estudiados. No obstante, no debería pensarse que los otros especialistas recibieron pasivamente los aportes provenientes de la Teoría Crítica: mientras ésta profundizaba sus propios lineamientos, habría entrado en un intercambio (tal vez desigual) con otras corrientes interpretativas.

Laudani ha dividido los artículos en siete secciones temáticas: el “Análisis del Enemigo”, los “Patrones del Colapso” nazi, la “Oposición Política” en Alemania antes y después de 1933, sugerencias para la “Desnazificación y el Gobierno Militar”, consideraciones sobre “Una Nueva Alemania en una Nueva Europa”, estudios preliminares en el camino “Hacia Núremberg” y aproximaciones al “Nuevo Enemigo”, la Unión Soviética y el “comunismo mundial”. A pesar de lo útil y accesible de esta presentación, podría verse también a los reportes como reflexiones sobre tres momentos de la historia de Alemania: el pasado, el presente y el futuro.

Los primeros indagan la historia alemana de los siglos XIX y XX buscando explicaciones para el surgimiento del nazismo, pero también sus rasgos distintivos. En esta línea, Marcuse reconocía que aludir al “militarismo prusiano” era un recurso retórico efectivo por parte de Churchill, pero una descripción imprecisa del Tercer Reich. Éste había culminado la supresión de privilegios realizada por Weimar avanzando sobre las posiciones de la aristocracia en el ejército y la burocracia, mientras su ideología “plebeya” chocaba con el *ethos* nobiliario de las grandes familias. Por otra parte, la importancia política de Prusia se había esfumado con su subordinación al poder central. No obstante, Marcuse parecía adelantarse a Fritz Fischer al sostener que el “militarismo prusiano” había tenido un rol central en el expansionismo de la Alemania guillermana, el cual habría actuado como un catalizador entre los *junkers*, la burguesía industrial y otros sectores sociales (p. 65)¹⁶.

15 Benjamin, Walter: “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, en *Discursos Interrumpidos (I)*, Buenos Aires, Taurus, 1989, pp. 56-57.

16 “Los dos intereses divergentes llegaron a un compromiso por el cual la industria consentía las tarifas

Fue también Marcuse quien redactó monografías del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y del Partido Comunista Alemán (KPD), las cuales privilegiaban el análisis histórico y político por sobre la crítica (o la recriminación) de las estrategias adoptadas por la izquierda en los últimos años de Weimar. La preocupación no estaba puesta en lo que estas organizaciones podrían haber hecho para detener al nazismo, sino en cómo podían resistirlo y en lo que de ellas podía esperarse durante la posguerra. Cuando se aproximaban al pasado, los reportes creían que la historia, “maestra de vida”, brindaría las herramientas para evitar la repetición de sucesos trágicos, así como guías para que las fuerzas de ocupación emprendieran la reconstrucción. Lo mismo podría encontrarse en el estudio de Neumann sobre la inflación, el cual denunciaba abiertamente la responsabilidad de banqueros e industriales en la pulverización del marco después de la Gran Guerra. No obstante, la “culpabilidad” de estas clases en la hiperinflación y el advenimiento del nazismo no se traducían en una asignación de castigos sino en recomendaciones en materia fiscal, financiera y crediticia para contener el aumento de precios (p. 281)¹⁷.

Los reportes que abordan el presente se orientan hacia la economía, la sociedad y el Estado del Tercer Reich, al tiempo que registran cómo sus estructuras se adaptan al desarrollo progresivamente desfavorable de la guerra. Si en algo se unen las reflexiones, es en su convicción de la derrota alemana. Lo único que amerita reflexión es cómo caerá el Reich. Frente a coyunturas críticas como la expulsión de Túnez en 1943 o el atentado contra Hitler en junio de 1944, Neumann y Marcuse presentaban los “patrones de colapso” que pronosticaban y esbozaban las opciones diplomáticas y políticas del régimen nazi, las cuales se volvían (previsiblemente) cada vez más desesperadas. Por otra parte, la llegada de Heinrich Himmler al Ministerio del Interior y la transformación del “tecnócrata monómano” Albert Speer en “dictador económico” reforzaban una de las hipótesis de *Behemoth*: el bloque de poder se unificaba progresivamente, como lo mostraba el NSDAP al avanzar sobre las esferas burocrática y económica en un doble proceso de racionalización y terror

proteccionistas, mientras los Junkers apoyaban la política exterior expansionista de la industria pesada. *La política imperialista del Imperio Alemán fue sobre todo la política de la burguesía industrial* apoyada por los militaristas, los intelectuales y los nacionalistas de clase media”. Subrayado en el original. Fritz Fischer presentaría su tesis a principios de los sesenta en *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, NY, W.W. Norton & Company, 1967. Ver también Kershaw, Ian: *La Dictadura Nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 24-25.

17 “La eliminación de los cárteles significaría un golpe al poder de los industrialistas quienes, se afirma, han sido culpable como clase de fomentar el nazismo y el militarismo en Alemania”. A continuación, Neumann desaconsejaba adoptar este curso de acción.

(p. 57). Estas tensiones habrían fisurado la alianza: si bien el Tercer Reich había favorecido una concentración creciente y había garantizado ganancias colosales, la regimentación creciente, el terror y la destrucción hacían que la burguesía industrial quisiera escapar de un compromiso que ya no era beneficioso (p. 60)¹⁸.

El bloque de poder era también analizado por Marcuse, quien añadía la aristocracia terrateniente a los cuatro grupos originalmente nombrados por Neumann: la burocracia, el partido, los militares y los industriales. Apoyándose en un considerable volumen de estadísticas, el autor realizó un denso análisis de la estructura social alemana que refutaba indirectamente los argumentos de Pollock: lejos de constituir un “Nuevo Orden”, el nazismo había respetado la propiedad privada e introducido pocos cambios en el seno de las clases dominantes. Los sectores subalternos, como ocurriera con el resto de la Escuela de Frankfurt, le merecían una opinión más ambigua: por un lado, la clase obrera era vista como la base más segura para el desarrollo democrático en Alemania después de la guerra. Pero, por el otro, la confianza en el proletariado como agente de cambio y clase revolucionaria chocaba con su constatación de la apatía de las masas. En más de una ocasión los reportes afirmarían que levantamientos como los de 1918 eran altamente improbables: anticipando una visión que se volvería central dentro de la teoría del totalitarismo, se veía a la población como pasiva y reprimida. Por ende, la liberación sólo podría llegar desde afuera, a través de una derrota militar. Sin embargo, ésto no quería decir que la sociedad alemana fuera inocente: Marcuse afirmaba que entre las clases dominadas podía encontrarse a “los beneficiarios y los perpetradores así como a las víctimas del terror Nazi”. Asimismo, para Neumann tanto la persecución de los judíos como el expansionismo unían a las distintas clases sociales en una “culpa colectiva” (p. 30).

La idea del “No-Estado” surgía recurrentemente: el Führer, lejos de ser el “amo del Tercer Reich”, era visto como un líder con amplias prerrogativas pero acompañado por una plétora de “sub-líderes”, quienes “antes que ser meros autómatas de Hitler y otros altos oficiales de la jerarquía nazi, eran considerados colaboradores” (p. 464). Los largos organigramas y las extensas listas

18 “El liderazgo de las grandes empresas alemanas es sin lugar a dudas altamente inteligente, tiene un gran número de conexiones internacionales, y se da cuenta de lo desesperado de la situación. No puede cuestionarse que desea una salida”. Esta idea de una incompatibilidad en última instancia entre los objetivos del nacionalsocialismo y la lógica de acumulación de capital ha sido retomada por Alan Mildward, George Hallgarten y Joseph Radkau: ver Kershaw, *La Dictadura Nazi*, pp. 98-99.

de disposiciones legales no eran signo de una administración eficiente o un poder monolítico: encubrían, por el contrario, un caos organizativo, un dispositivo de terror más intrincado que eficiente, pero no por ello menos eficaz. En este sentido, la visión de un gobierno caótico no se concilia con la capacidad de Alemania para luchar de manera prolongada en dos frentes, ni con la tesis de que el nazismo habría seguido un “Plan Maestro” para tomar el poder, implantar una dictadura y luego conquistar Europa. En esta línea, Marcuse y Kirchheimer aseveraban que desde los años veinte el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) había diseñado un ambicioso y comprensivo programa para hacerse con el gobierno y desde allí extender su dominio al continente (aunque no al mundo entero). Podría pensarse que estos autores anticipaban los enfoques “intencionalistas” de la política exterior germana surgidos en la posguerra: ejemplificadas entre otros por los historiadores Hugh Trevor-Roper y Andreas Hillgruber, estas perspectivas enfatizaban la primacía de los objetivos ideológicos del nacionalsocialismo por sobre consideraciones militares o económicas¹⁹.

Antes que en el “Plan Maestro”, el interés de Otto Kirchheimer era el sistema legal y el derecho penal en el Tercer Reich, temas sobre los que había sostenido una larga polémica con Carl Schmitt. Coincidió con su viejo maestro en que uno de los rasgos más salientes de la legislación contemporánea era su carácter situacional, el cual reducía el ámbito de aplicación del “derecho burgués” con disposiciones extraordinarias y zonas de excepción. Para ambos, el corolario era que la ley se había convertido en un mero instrumento para obtener o conservar poder. Si bien ambos encontraban este fenómeno preocupante, sus reacciones divergían: el autor de *Legalidad y Legitimidad* afirmaba que lo que había entrado en crisis era el constitucionalismo liberal, incapaz de conciliar intereses económicos y sociales contrapuestos. La *legalidad* parlamentaria debía ser reemplazada por la *legitimidad*, encarnada en un gobierno autoritario de base plebiscitaria, mejor capacitado para intervenir en las modernas sociedades industriales. La réplica de su discípulo, articulada a lo largo de los treinta, apuntaba hacia una revalorización de la democracia liberal: a pesar de lo que afirmaba Schmitt, esta forma de gobierno lidiaba bastante bien con la lucha de clases. Por otra parte, no había garantías de que una dictadura lo hiciera mejor, aunque sí podía asegurarse que arrollaría los niveles tolerables de libertad civil y política²⁰.

19 Sobre estas perspectivas y el debate entre “globalistas” y “continentalistas”, ver Kershaw, *La Dictadura Nazi*, pp. 181-186.

20 Sobre esta disputa, ver Scheuermann, “Introduction”, pp. 6-10.

Estos análisis serían retomados en la R&A, donde Kirchheimer exploró pormenorizadamente las transformaciones introducidas por el nazismo en el sistema legal germano: la ley “formal” se habría visto reemplazada por una ley “material”, inspirada en los valores y necesidades de la *Volksgemeinschaft*. Esta sustitución habría ido acompañada por la violación de ideales y procedimientos legales tradicionales, la proliferación de “estándares ambiguos” como el “sentimiento nacional” y la afirmación de la desigualdad, racialmente fundamentada, entre los ciudadanos. Esta última medida habría conducido a una creciente particularización (“departamentalización”) del derecho, así como a la creación de un conjunto de tribunales “especiales”. Un tanto paradójicamente, un proceso paralelo habría sido el debilitamiento de las barreras entre delincuentes comunes y criminales políticos. Debilitamiento que habría estado aparejado de un consistente proceso de precarización de las condiciones de los acusados: los crímenes eran redefinidos y multiplicados, mientras las penas se volvían más severas. Estos análisis habrían alejado paulatinamente al autor de la actitud crítica que tenía frente al estado de derecho liberal durante los treinta, y anunciarían sus esfuerzos posteriores por delinear una “teoría democrática crítica”²¹.

Los reportes solían ir acompañados de “Recomendaciones” para un eventual “Gobierno Militar”, lo cual conduce al tercer momento: el futuro. Respecto de Alemania, los frankfurtianos hicieron abstracción de su desprecio por el nazismo para aceptar, de manera crudamente realista, que no se podía hacer *tabula rasa* con él. Desde ya, las medidas más flagrantes debían ser derogadas y los principales victimarios encarcelados, pero ciertas disposiciones e instituciones debían ser respetadas para mantener el orden. Un ejemplo eran los cárteles, a los cuales Neumann señalaba como corresponsables de la guerra, pero cuya disolución redundaría en un caos económico aún mayor. De hecho, el control a escala continental de transportes, materias primas y mano de obra podría ser adaptado para servir a las necesidades de la población europea en lugar de explotarla.

En una vena similar, Kirchheimer admitía que abrogar toda la legislación existente conduciría al desastre, pero recomendaba suprimir inmediatamente las disposiciones contra la igualdad legal de los ciudadanos y las restricciones a las libertades civiles y políticas. El sistema judicial

21 Sobre este punto, ver Scheurmann, “Introduction”, pp. 16-19 y Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, pp. 290-295.

también debía ser respetado, aunque una purga de nazis era inevitable, así como el cierre de las cortes “especiales” y la erradicación de los particularismos en el derecho penal. Una acción similar era sugerida frente a la burocracia, a la que había que depurar aun cuando no se contaran con reemplazos confiables en cantidad suficiente. La disolución del NSDAP y de sus organizaciones asociadas fue una medida planteada tempranamente, aunque los frankfurtianos advertían sobre la complejidad del escenario: Marcuse apuntaba que la captura de responsables podía degenerar fácilmente en una lamentable caza de brujas. No obstante, para Neumann el Gobierno Militar tendría un reducido margen de maniobra, ya que una defensa de los criminales frente a la población podía ser vista como complicidad. Por otra parte, el sistema electoral y de partidos debía ser restaurado según los criterios vigentes antes de 1933, pero sin brindar un trato igualitario a los partidos: para Marcuse, los partidos nacionalistas y de derecha debían ser cuidadosamente vigilados mientras los de centro e izquierda podían volverse aliados de las fuerzas aliadas en las campañas de desnazificación²².

La posición de la “nueva Alemania” en el tablero internacional también fue objeto de reflexión. Los proyectos de los frankfurtianos intentaron evitar la conflictiva experiencia del Tratado de Versalles, al tiempo que dialogaban con programas paralelos. Tal vez el más célebre de éstos haya sido el propuesto por el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Henry Morgenthau, quien planteaba privar al país de su industria armamentística y de otras ramas básicas para así coartar su capacidad de librar una guerra moderna. En una contraposición implícita, Neumann afirmaba que la desindustrialización sólo conduciría a tensiones sociales dentro de Alemania, al desprestigio de los ocupantes y a choques diplomáticos al interior de la “Gran Alianza”. La partición era tanto o más problemática, ya que sólo podría ser implementada por la fuerza y generaría inmensos desajustes económicos. Era por estos motivos que Neumann prefería una administración militar “benevolente” hasta tanto surgiera un gobierno estable y democráticamente elegido.

22 Neumann justificaba esta disposición argumentando que “el objetivo último de los derechos civiles constitucionales nunca ha sido simplemente la protección de todas los tipos de actividades políticas, sino proveer el sustento para la formación de una voluntad política. La actividad política que está dirigida primordialmente contra la misma democracia que se supone tiene que generar nunca ha sido protegida por las democracias militantes” (p. 432).

Sin embargo, la soberanía de ese eventual Estado reconocería límites, ya que carecería de un ejército y su comercio exterior se encontraría regulado.

El enjuiciamiento de los criminales de guerra fue una preocupación importante en Neumann y Kirchheimer, más versados que Marcuse en cuestiones legales. Aquí también era fundamental dejar atrás la experiencia de 1918, cuando los máximos responsables políticos y militares eludieron ser juzgados. Pero aun cuando los jefes fueran capturados, el juicio aparecía como una instancia compleja: ¿qué postura adoptar frente al “principio del liderazgo”, que concentraba el mando y la responsabilidad en jefes y sub-jefes? ¿La obediencia a esta directiva no exculpaba a decenas de miles de subordinados? Para los frankfurtianos, la peculiar organización del Tercer Reich forzaba a redefinir el concepto de responsabilidad: Neumann apuntaba que la “obediencia debida” no constituía un alegato válido, en tanto “cada acto ejecutado en un nivel inferior debe ser atribuido a cada uno de los superiores jerárquicos”: como cada uno “participa en la elaboración y ejecución de una directiva en un campo determinado, no puede aceptarse la objeción de que no tenía conocimiento del acto específico, de los detalles de su ejecución o que no lo ordenó él mismo” (p. 459). Por otra parte, los frankfurtianos sostenían que antes que entregar a los criminales a cortes nacionales sería preferible contemplar un tribunal inter-Aliado o incluso internacional, el cual “podría aplicar principios reconocidos generalmente y estándares de ley criminal sin verse obligada a seguir ningún sistema en particular” (p. 462).

Este tribunal, así como los contra-argumentos a la “obediencia” y el antisemitismo como “punta de lanza” del terror luego aplicado a otros grupos, fueron algunas de las ideas retomadas en Núremberg. No obstante, la relación entre el juez Robert Jackson y la R&A fue distante. A los pocos días de iniciado el juicio, Neumann renunció en señal protesta y pasó a la Universidad de Columbia. Más decepcionante aún fue la recepción de sus sugerencias sobre Alemania: el “fiasco” no consistía solamente en una desnazificación trunca, sino en que los llamados a colaborar con los soviéticos en la ocupación habían sido desoídos, conduciendo a la partición en dos Estados enfrentados. La amargura de Marcuse y Kirchheimer se vería amplificada por el cierre de la OSS, tras el cual pasaron a “languidecer” en el Departamento de Estado. En un clima crecientemente hostil, sus análisis serían persistentemente desatendidos hasta que, finalmente, ambos renunciaron a

principios de los cincuenta. A la distancia, los informes podían (y pueden) ser vistos como la huella de una etapa más abierta y tolerante, donde corrientes de diverso signo podían unirse en una cruzada común. Los reportes compilados por Laudani testimonian esto, y abren un panorama historiográficamente valioso al acercar interpretaciones contemporáneas del nazismo. Al mismo tiempo, son una advertencia sobre las posibilidades y las limitaciones de la actividad intelectual dependiente de un gobierno; parafraseando a Gramsci, para los intelectuales que creen ser el Estado, la historia puede guardar sorpresas desagradables²³.

23 Gramsci, Antonio: *Los Intelectuales y la Organización de la Cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2012, p. 20.